Se imprimió en Mexico S. L. en 1742
segun Medina nº 3639 Cita como unico
ejemplar el de la Biblioteca Universitaria
de Granada.

Beristain t I p 77
Palau t I p 84

EMPLEOS APOSTOLICOS,

y religiosas virtudes del fervoroso P. Joseph Xavier de Molina, professo de la Compañia de Jesus, Visitador General de las Provincias de Missiones, y Ministro Doctrinero de la Reduccion de los Dolores, en la Primerìa alta de la Provincia de Zonora perteneciente â la Mexicana.

CARTA

De el P. Provincial Matheo Ansaldo, de la mesma Compañia, â los Superiores de su Provincia de Mexico.

✠

EMPLEOS APOSTOLICOS,

y religiosas virtudes del fervoroso P.e Joseph Xavier de Molina, professo de la Compañia de Jesus, Visitador General de las Provincias de Missiones, y Ministro Doctrinero de la Reduccion de los Dolores, en la Primería alta de la Provincia de Zonora perteneciente â la Mexicana.

CARTA

De el P. Provincial Matheo Ansaldo, de la misma Compañia, â los Superiores de su Provincia de Mexico.

RR. P.P.

P. C. &c.

Grande fue, y como grande justo, el sentimiento, conque esta Santa Provincia lloró la intempestiva falta del fervoroso P. Joseph Xavier de Molina de cuio zelo infatigable se prometia copiosas usuras de divina gloria, no solamente en la conquista de nuevas Naciones, delas innumerables, que plueban el dilatado continente de la Primeria; mas tambien en la pasificacion de las antiguas conquistas, que tumultuariamente inquietas, sacudian el yugo de ambas Magestades. Pero estoi persuadido â que corresponderà en ella, no menor consuelo viendo en esta Carta, aunque en mapa breve, delineadas sus particulares virtudes; conque se formò perfecto Jesuita. No ay duda, que abrazando â todos los Religiosos individuos, que la componen el amor â su Santa Madre la compañia, los ha de alborozar en el Señor, la reflexa, de que este fecundo generoso Arbol, sin que el decurso de dos siglos aya enfermado su virtud; continua en el ter-

Cero fructificando Varones gloriosos en quienes se ven
hezo y ciudades de nuestro primitivo espiritu. Inau-
guro felizmente al nuevo siglo en esta Mexicana
Provincia el P. Joseph, muriendo al comenzar el
primer año, y contribuyendole glorias con su mu-
erte, que le avalto en el campo exercitando el oficio
de Misionero, y el de Visitador General de las dilatadas,
numerosas, y distantes provincias de Misiones. Jezmi-
nos, que le pusieron la obediencia, y su zelo, para
que pudiesse desfogar aquel espiritu, que por espacio
de veinte años estuvo contenido en la Europa. Don-
de como quien lo ensayaba, le buscò apostolado en
que si no hallò Gentiles à quienes inspirar nuevа-
mente la fee de Christo; le sobraron Christianos en
quienes resucitar, la que havia muerto no menos
la ignorancia, que la malicia. Hasta que logran-
do el deseado destino atraveso el Occeano, navegan-
do dos mil leguas, passò los Reynos de Nueva-Espa-
ña, y Nueva Galicia, hezzas en nuestra Septen-
trional America cultivadas; y penetrò à lo ulti-
mo dela Nueva Vizcaia, exios inaccesibles, assi
por la fragosidad de sus sierras, como por la bar-
barie de sus moradores, no parando su impetu
hasta ponerse en el confinio dela Christandad, y
el gentilismo, y sepultar alli con su persona las re-
comendaciones de literatura muy selecta, y talen-
tos, que pudiera hazer lucido en su Santa doctrini-
ma Provincia de Andalucia, despues de hazer ilus-
trado las primeras Cathedras; rumbo por donde

lo

lo conducia a los mas honorificos puestos el comun aplauso. Pero como aquella Muger Apocaliptica, quando aparecio vestida del Sol, tomò alas no para buscar theatro en que resplandecer; si para huir â la soledad de vn desierto, donde hallassen sus resplandores sepulchro: assi el P. Molina volando en las alas de sus estimaciones, â la esphera superior, que le prevenia su ilustre Madre; mudò el derrotero de su conducta, y volviendo las espaldas al Betis, que lisonjeaba con lucimientos, no se contento con ponerse de esta otra parte del mar: sino que continuando el vuelo, passò al célebre Rio Mayo, vadeò al Xiaqui, y se sepultò en lo mas retirado de los Pimas; gente indomita: la que buscaba el Apostolico Padre para el desempeño de su espiritu, campo de su zelo, y crysol de las heroycas virtudes, que insinuarà esta carta.

Naciò el P. Joseph Xavier de Molina en Antequera, Ciudad ilustre dela Andalucia en el Obispado de Malaga. Fueron sus Padres de calificada nobleza; la que refinaron con aquellas costumbres ajustadas, y santo temor de Dios, que dà sus mejores fondos, y mas subido quilate â la hidalguia. Por esso no contentos con tener vn hijo noble, por su esclarecida sangre; quisieron tãbien tener vn hijo sabio, y virtuoso, por su buena

na educacion. Y satisfechos de que lograrían su deseo, si su hijo estuviesse à la direccion, y cuidado de los Padres desta Compañía; lo pusieron a su tiempo en nuestras Escuelas: donde sabian es una misma la cathedra, en que la ciencia, y la virtud alternan inseparables su enseñanza. Ni los engañó su persuasion en este punto; pues asistiendo puesto à su hijo en las Clases de Grammatica, que tiene en aquella Ciudad nuestro Colegio; dentro de poco tiempo lo vieron tan aprovechado en estas primeras letras, que les fue preciso transplantarlo à mas fecundo terreno; como lo hizieron llevandolo à nuestro Colegio de San Bartholomè, y Santiago de Granada. Entrò el Padre Joseph en aquel Seminario: que para ser el mas famoso de Espaňa pudiera alegar, que su puerta no se abre, sino con la llave del merecimiento. Pues no se logra seca en èl, sino es por oposicion en letras humanas; la que solo se haze una vez cada dos años, sin que ni aun entonces se pueda recibir mas, que un numero bien corto; para lograr assi, que sean esos escogidos, y aventajados entre los muchos pretendientes, que concurren llamados à la voz de los Carteles. Allì tuvo por Maestro en Philosophia un Sugeto tan señalado, que poco despues de ilustrar con su Philosophia à Granada, mereciò, que lo nombrasse su Provincia para ilustrar con su Theologia à Roma en

la

la Cathedra de Prima. Logrò este sabio Maestro en en el Padre Joseph sus desvelos, y cultivo presidiendole un Acto de todo el Curso, con que coronò lucidamente sus tareas.

Las que para ser mas gloriosas, fueron por conclusion el abandono del mundo, y el desprecio de sus esperanzas, que todas las hollò el P. Joseph por entrarse en la Compañia: idea, cuya execucion allanò facilmente la noticia practica, y el concepto lleno, que tenian formado, los que lo manejaban, de su letras, y virtud. Creciò esta como en su propio suelo en nuestro Noviciado de Sevilla. Aqui gastò los dos años de probacion, en estudiar la ciencia delos Santos; estando persuadido, que los hijos dela Compañia, sino aprenden la sabiduria de Dios en los dos primeros años de su religiosa edad, no suele ser muy comun el que la aprendan despues. Acabado, pues, su noviciado en Sevilla, y tenido su seminario en Caxmona, volviò à Granada à cursar su Theologia escholastica; sin olvidarse de continuar cursando la Theologia mystica; en que traia y alambien fundados principios. En esta facultad se declarò Discipulo de aquel insigne Maestro de esta ciencia el Venerable Padre Manuel Padial, à quien escogio desde luego por Confessor; en cuyas manos puso todo el gobierno de su conciencia, y la direccion de su Alma. Con director tan acertado no fue me-

nos

nestea mucho tiempo, para que se echassen de ver los adelantamientos de su espiritu; advirtiendo yà sus concurrentes (aun los menos advertidos) en el H. Joseph un exterior vaciado por el molde de nuestras reglas; modesto sin ceremonia, silencioso sin molestia, retirado sin grosseria, afable sin familiaridad, ardiente sin ira, obsequioso sin enfado, comedido sin introduccion, humilde sin doblez, y en una palabra, entregado à Dios, y à su estudio sin que pretexto alguno pudiera distraherlo de este empleo.

Pero mejor se dexarán ver los bellos colores de estas virtudes en la estampa, que nos dexo de si el mismo, en unos apuntamientos de su mano, y pluma, cuyas lineas expresamente nos dicen, que se hizieron al calor de su devocion, con el fin de crecer en ella el espiritu de un Estudiante Jesuita. Dice el H. Joseph en uno de estos propositos: »En los exercicios »de oracion, leccion, examenes, &c. sere indefectible; no »omitiendolos, o acortandolos, aun en el tiempo de recrea»ciones, à assuetos de campo: en los quales sin alexarme »dela Communidad, procurarè tenerlos; aunque no se »tengan de communidad. Tampoco los dexarè, ni tendrè fuera de su tiempo por causa del estudio, del argumento, del Sermon, y otra funcion literaria; persuadiendome, que no me harà falta el tiempo, que Yo »empleare en el cumplimiento de una obligacion tan

pre

»precisa; antes me lo suplirá Dios con ventajas, ayu-
»dandome á salir bien de qualquiera funcion de es-
»as. Con otro dice: Seré el primero en alegrarme,
»y complacerme del bien de mis hermanos, de sus
»premios literarios, &c. y porque aquí conoceré, si ten-
»go la pureza de intencion en mis estudios, que me
»manda Dios. Luego prosigue: La regla de hablar latin
»la observare inviolablemente, sin aflojar por nin-
»gun de errar en alguna palabra; antes en esto ten-
»dré ocasion de muchas humillaciones: yá porque
»otros (aunque fuessen todos los demás) no lo hagan
»así. A mí me debe bastar ser regla: por ellas hede
»ser juzgado, y no por las operaciones de otros.
»Despues añade: En el silencio hede ser puntualí-
»simo, dexando al punto el argumento, ó respuesta
»al toque de campana: y mucho menos tendré conver-
»saciones inutiles fuera, ni dentro del aposento. Lo
»mismo observaré en la modestia, guardando siem-
»pre la de un fervoroso Novicio, por lo mucho, que
»importa para el interior recogimiento del corazon,
»y por la edificacion comun; pues quanto desedifican
»los que en funciones publicas de conclusiones, y exámenes,
»fiestas, &c. se portan con demasiada libertad, é im-
»modestia, tanto edifican los que guardan la moda-
»stia, silencio, y compostura religiosa, y acreditan para co
»los de fuera la educacion de la Compañia.

Con estos quatro propositos en los mismos apu
tamientos están elaborados otros, y todos ellos res-

pi

pizan amor à la mortificacion, por los ayunos, disciplinas, y otras muchas aspereza, que prescribe. Respiran abatimiento propio, por los actos de humillacion, que señalan, como no escusarse quando le reprehendiere el Superior, aunque sea imputandole (por siniestro informe) faltas, que no hizo. Y en fin respiran un ardiente deseo dela perfeccion religiosa, por los vltimos medios, que propone practicar en orden à conseguirla, como se expresa bien en el vltimo de sus dictamenes, donde concluye diciendo: »Finalmente todos los meses un dia, que sea el »primer Domingo (y no faltare de dia sin causa, porque el faltar es principio de dexar) tendre mayor »recogimiento, à lo menos una hora mas de oracion practica sobre mi vida, y ponte en el mes antecedente; y »media hora mas de leccion espiritual. En este dia »leere estos, y los demas propositos, que Dios me inspire, y mi Confesor, y Padre espiritual me aprobaren: re»ze como los observo, propondre la enmienda &c. y de »todo dare cuenta à mi Padre espiritual. Este medio »como importantissimo nunca lo dexare. Hasta aqui el R. Joseph quien por el exterior concierto de sus acciones, y palabras daba bien à conocer quando Estudiante, quanto se procuraba su interior ajustar, con estas rigidas leyes, que à si mismo se ponia, siendo cierto, que en el relox del Alma son las palabras, acciones, y trato exterior el gnomon mas fiel de sus ocultos senos è interior espiritu, que la rige, segun oraculo di-

divino: Ab occursu faciei cognoscitur amictus corporis, et risus dentium, et ingressus hominis enuntiant de illo.

Este agregado amable de religiosas prendas, le grangeò al Padre, siendo aun Estudiante, no solo la estimacion comun de los que exteriormente lo trataban, sino lo que es mas; el particular cariño, que le tuvo, quien mas intimamente lo conocia, que era su Santo Confessor. Diole cuenta por este tiempo al V. P. Padial de los ardientes deseos, que desde el Noviciado sentia en su corazon, de passar â las Indias en busca delos thesoros del Cielo, que están encerrados en el espiritual cultivo de âquellas remotas Naciones; y que se hallaba en animo de escribir â N. P. General, solicitando la licencia precissa para la execucion de sus ansias. Aprobole el V. P. su designio, añadiendole no desistiesse desu heroyca empressa, y que estuviesse seguro, de que passaria â las Indias. En esta promessa fixo el H. Joseph su esperanza, que sin el incentivo de este oraculo pudiera aver descaècido viendo, que N. P. General no daba feliz despacho â las repetidas peticiones que en diversos tiempos le presentò sobre este assumpto. Mas al fin como parece, que el Cielo tenia empeñada su palabra por voca del V. P. Padial; obtuvo la constancia de nuestro difunto, despues de veinte años de pretension, y deseos la licencia, que consiguen otros â la primera carta; y que tambien huviera conseguido por respues-

ta

ta de la primera suya, si los que eran interesados en conservarle, no hubieran aplicado los mas vivos esfuerzos para no perderle.

No fue entre estos el menos eficaz destinarle los superiores al P. Joseph (luego que con un acto lucido de todo el dia concluyó sus afanes escholasticos) à que se empleasse en las correrias apostolicas de las Misiones circulares, por ver si la abundancia de miés, que este ministerio le ofrecia, apagaba el hambre, que le avivaba su zelo: mas como este tenia calidades de fuego abrasador, en vez de extinguirse, se enardecia mas con el copioso pasto. Grande fue (si bien menor, que sus ancias el que logró los tres, o quatro años, que cultivó con su predicacion las fertiles Campiñas del Obispado de Cordova, y acaloró con sus ecos las helladas cerranias de las Alpujarras, haziendo, que estos dos terrenos nada parecidos entre si se pareciesen mucho en tributar uno, y otro crecida cosecha de almas arrepentidas; hermoso trigo, conque Dios enriqueció sus graneros. De este fruto pudiera poner aqui alguna noticia; pues ay sujeto, que habiendose hallado presente à una de estas Misiones, que hizo el Padre en Baena (numerosa Ciudad de la mencionada Mitra) observó como testigo, parte de sus immensas fatigas en Pulpito, y confesionario. Donde es forzoso fuese su assistencia continua, y su trabajo desmedido; pues era tan corriente en la Ciudad, que quasi toda ella se avia confesa-

sado en el poco tiempo, de quinze días, con los dos Padres Misioneros.

Con este título, y empleo se hallaba el P. Joseph quando lo señaló la obediencia por Ministro del Colegio de Granada; estando los Superiores persuadidos á que ninguno selaria con mayor esmero la observancia de nuestras Reglas, que quien con tanta diligencia las guardaba. En este oficio entró S.R. gustoso unicamente, porque obedecia; y porque estando mas cerca de su venerado P. Padial, podria mas facilmente dar cumplimiento á su cargo; gobernandose por la pauta de sus acertados consejos. Con esta mira frequentaba las visitas de su santo Director (ya en este tiempo rendido al lecho, que dexó por el repulchro) sacando de ellas (como Moyses de sus platicas con Dios) fuego de charidad en su pecho, y luz de conocimiento en la cabeza, para guiar con acierto aquel su escogido Pueblo, á la hereza prometida del Pazayso. Pero sin embargo aun no eran estas las visitas, que mas frequentaba, deseoso de encontrar con el acierto en su oficio: mucho mas frequentes eran las visitas, que por este tiempo, y causa hazia á su Magestad; sabiendo por testimonio de N. Sto. Padre, que el oficio del Superior es primeramente llevar sobre sus hombros con oraciones, y deseos santos las cargas de los subditos: Oratione et sancto de-

desideriis totam domum, velut humeris suis sustinere. Assi lo practicò el P. Ministro el tiempo, que durò su ministerio. Fue este (con poca diferēcia) el espacio de dos años. Y sin duda huvieran continuado sus aciertos con su gobierno, sinò lo huviera sacado de este la Cathedra de Philosophia, que le dieron los Superiores, señalando paraque en el mismo Colegio leyesse curso de Provincia â nuestros Hermanos Estudiantes. Llenò el P. Joseph esta ocupacion, enseñando â vn mismo tiempo letras, y virtud â sus Discipulos. Quienes si en lo especulativo de sus quadernos estudiaban las maximas de Aristoteles, en lo practico de sus exemplos aprendian aquel arte de mas alta consequencia, que consiste en tener el orgullo de las passiones â raya. Este arte (verdaderamente dificil) de disputar sin quexa alguna dela charidad religiosa, fue tambien el que sus Discipulos aprendian de su religioso Maestro: cuyos argumētos siempre tomaban nueva eficacia de su modestia en proponerlos; cuyas respuestas siempre recibian nuevo vigor de su mansedumbre en proferirlas, cuyo dicho siempre cobraba nuevo peso de su gravedad en expressarlo, sin permitir, que su ira, que su emulacion, ni otro algun afecto bastardo usasse aquella dispensa, conque tal vez la lengua se desata, y la pluma corre apartada de toda regla, echando en cada periodo vn borron,

con

con que se denigra mas, que el papel el candor de la virtud, la opinion, y buen nombre del contrario. A tan acreditado Magisterio, fue consiguiente el grado conque la Compañia honra, no solo las letras, sino la virtud de sus Hijos. Esta es la Profession de quatro votos, que finalizada la tarea de su curso, hizo el P. Joseph con especialissimo consuelo; pues cuanto mas apretadamente se estrecaba con su Dios, quanto con lazo mas firme se ataba à su compañia.

Mostrò esta la confianza, y aprecio, que tenia formado de los talentos de este su benemerito hijo, señalandolo poco despues, que lo vio solemnemente professo, por Visitador, [illegible] de las Residencias, que tiene nuestra Provincia de Andalucia en las Islas de Canarias. Embarcose para ellas, y conociendo, que es mas noble imperio el de el Alma, que el del cuerpo, para mandar no tanto, los cuerpos, como las Almas de sus Subditos, y hazer, que le tributassen vn amor filial; entro abrazandolos à todos con vn afecto paterno. Con este titulo nuestras Casas, donde para su mas acertado gobierno, solo intimo aquellas leyes, y ordenaciones, que le dictaron la suavidad, y la blanduza; no ignorando, que estas son las que mas se guardan: pues es cierto, que las Ordenaciones, y Leyes, que se dieron en el Monte, con la voz horrorosa del trueno, y amenaza formidable del rayo se quebran-

ta-

taxon al pie del mismo Monte; siendo assi, que las
que Moyses intimó sin esse ruido ni espanto, pas-
saron de Padres á Hijos, y se guardaron como
preciosa Reliquia en el Arca del Testamento. Pe-
ro no contento con intimar á sus Subditos aquel
genero de ordenaciones, que se notifica á los oidos,
les impuso tambien aquel genero de leyes, que se
intiman á los ojos. Tales fueron los exemplos con
que los exhortó á trabajar incansables por la sal-
vacion delas Almas. Sabia el P. Visitador, que las
acciones de quien manda son preceptos impuestos á
la vista, que al paso, que mas se entienden se suelen
guardar mejor. Por esso ya desembarazado de
los negocios, que pedian en Casa su presencia: sa-
lió de casa buscando campo, que regar con su co-
pioso sudor; á la maneza, que el Nilo, despues,
que tiene lleno de sus aguas el propio cauce, sa-
le a fertilizar con su corriente la campaña veci-
na. Topose el zelo del P. Visitador con el terreno,
que buscaba en aquellas aspererzas, y bosques don-
de falta no menos de sustento, que de doctrina,
vive en desnudez, y trabajo, aquella parte no pe-
queña de Tileños, á quienes su miserable Puesto
desterró del cultivo delas Ciudades, condenando-
los á que vivan entre breñas, sin cursar otra ci-
encia, que una total ignorancia. Trás de esta casa
salió el P. Visitador á los bosques, y haziendo Mi-
sion en muchas de aquellas incultas Montañas,

que

que con passos de Ciervo corriò por la mayor parte â pie, por sendas a vezes desconocidas de los mismos naturales, que se maravillaban no poco de vèr, que para venir a doctrinarlos, huviesse el Padre encontrado camino, donde ni su pericia en el Pais sabiâ, que estuviesse descubierto. A la verdad no fuera tan grande la molestiâ de estos apostolicos viajes, si para rehazer las fuerzas perdidas se diera el P. Visitador, en llegando al termino de la jornada, aquel tratamiento benigno, que pedia la antecedente fatiga: pero cuidando poco de pagar â la naturaleza tan justa recompensa, se contentaba con darle por alimento â su cansado cuerpo, solo la insipidez de vnas frutas, y el sueño escaso, que vestido tomaba sobre el delgado colchon de su mantèo. Sin mas, que este refuerzo, se entregaba luego al exercicio sagrado de su Mission, con tan incansable zelo como se podrà colegir del caso, que referirè despues: bastando por ahora para testimonio de estos apostolicos trabajos, lo que en vna ocasion dixo el P. Visitador hablando de ellas. Acababa de platicar vna vez S. R. â la tripulacion de que se componia el Navio, que lo transportaba â estas Indias; y exhortandolo entonces vno de los nuestros a que se abrigasse, y que recibiesse no sè, que pequeño agassajo, de los que en semejantes circunstancias ofrece â los Predicadores la charidad obsequiosa, escusò el Padre recibirlo, diciendo: que no lo

ne-

necessitaba; porque ya aquel trabajo no le seria de molestia, à causa de estar curtido, con otros muchos mayores en la Mission de Canarias. Lo cierto es, que si le parecian ligeras al P. Visitador las fatigas, que tomaba en la navegacion de el Occeano era porque en el temple de Canarias ve avia ya su cuerpo habituado al duro temperamento de semejantes fatigas; à la manera, que los Delphines suelen hazer Juguete de las tempestades del Occeano, porque estan acostumbrados à vivir en agua amarga.

Concluida con afanes tan gloriosos la expedicion de su visita, se retiro à su Provincia el P. Visitador, à quien poco despues de llegado señalaron los Superiores para leer Theologia. Hallabase el P. Joseph con este empleo en el Colegio Maximo de Granada, quando N. M. R. P. General, deseoso de remitir Operarios Evangelicos para abrazar la mucha miès, que sazonan los dilatados campos de esta America, escribio Carta circular à las Provincias de Europa, diciendo: que los que se hallaven con deseos de passar a ella, se los hiziesen presentes, para que su Paternidad à vista de ellos les pudiera dar la asignacion mas oportuna. Al recivir el P. Visitador con tan no esperado, como apetecido convite, reprodujo las prolongadas ansias, que por tantos años avia tenido, y conserva-

va-

raba todavía de emplear todo su aliento en el
curtivo de los Indios, pidiendo de nuevo licencia,
para pasar à enseñarles el camino del Cielo.
Concediósela por vltimo N.P. General señalando
para esta nueva Mission al Padre Joseph con inex-
plicable gusto de S.R. quien recibida la asignacion
se puso luego en camino para el puerto de Sta.
Maria, sin llevar para su embarcacion otro
omenaje mas, que vna pequeña caxa, donde con
el Breviario encerrò el curso de Artes, y las mate-
rias Theologicas, que tenia dictadas durante su
Magisterio. Que si San Pablo estando concluido
el curso de su Apostolado, y estando ya de vela
para vn nuevo mundo: Cursum consummavi:::
tempus resolutionis meæ instat; no se olvido del
cofrecillo de sus libros, antes bien ordenò a Ti-
moteo, que selos truxesse de Troada, donde se los a-
via dexado, encomendandole con especialidad a-
quellas membranas, ò quadernos, que estaban
escritos de su puño, como si para passar al Em-
pyreo se quisiera formar alas con los rasgos de aque-
lla pluma, que estaba tan acostumbrada à volar
hasta el tercer Cielo: Pænulamque quam reliqui
Troade apud Carpum, veniens affer tecum, et
libros; maxime autem membranas. Ninguno de-
be estrañar, que el P. Visitador estando de comen-
zar su Apostolado, se pusiesse tambien para
otro nuevo Mundo, trayendo consigo aquellos pa-

pe-

peles, que no tanto por ser obra de su mano, co-
mo por ser parto de su entendimiento, parece
fundaban título, para que su voluntad no los a-
partase de su lado. Sin embargo tardó muy po-
co en deshazerse de ellos: porque no los traxo
consigo, sino con el fin de darlos (como los dio
à un N. Estudiante) por si acaso le pudiesan
servir de algun provecho: imitando tambi-
en en esto al Apostol, que pidió con esta mi-
ra sus quadernos, para repartirlos à los fie-
les; deseoso de que se utilizasen con el precioso
legado de sus Celestiales escritos.

Llegado, que fue el P. Joseph al Puerto de
Sta. María puso en su mano el P. Procurador
General la dirección, y gobierno de los muchos
Novicios, que allí estaban destinados a esta Pro-
vincia de Mexico. Tomò (no sin repugnancia)
este cuydado el P. Visitador: quien para formar
ajustados à sus Novicios, su primera diligencia
fue portarse, como el mas observante de ellos.
No turió para esto, que innovara en su religio-
so porte. Continuó trayendo los ojos en el sue-
lo, con una modestia tan señora, que se leia bi-
en en el sobrescrito del semblante, quan re-
tirados del suelo traia los pensamientos. Asi
sistia con sus Novicios à toda su distribución, que
era la misma de Nuestro Noviciado de Sevilla. En
los exercicios de N. Sto. Padre (que su fervor les

hizo

hizo tener varias ocaciones en pocos meses) despues de oir en comunidad la leccion espiritual, y los puntos era el primero, que puestas en tierra las rodillas, tenia immoble todas las horas de oracion à pesar del Eko, que con su excessivo bochorno (intensado con la estrechez del aposento, que sera via de Oratorio) pudiera resfriar otro espiritu, distrayendolo de entrar en aquel horno: pero esta misma incommodidad atraia al P. Joseph deseos, de que à un mismo tiempo se abrasasse su cuerpo victima dela mortificacion, y se inflamasse su espiritu victima dela charidad.

Con tan vigilante cultivo no pudo menos que cojer mucho fruto de aquellos Jesuitas enflor, à quienes llegado el tiempo de embarcarse, transplantó al Nario sin que el mudar de elemento causasse mudanza alguna à su destribucion religiosa: porque tenian, y tenia con ellos no menos en el mar, que en la tierra los exsamenes, oracion, y leccion, dexando solo de hazerles platicas en comun, por hazerlas à cada uno en particular. A este cuydado de Padre espiritual, que tenia de sus Novicios, añadio en la embarcacion los desvelos de Madre carinosa. Dormia en la misma carraca con ellos, y alli escogio el catre no solo mas estrecho, sino mas immundo, estando en su mano tomar el menos incommodo. Visitaba su pe-

que-

queñita grey despues de acostada, y dormida; y si hallaba, que alguno, por la estrechez de la cama, ê inadvertencia del sueño tenia los pies descubiertos, primero se los besaba, y luego (sin dispertarlo) se los cubria del mejor modo posible. Un dia, que la turbacion de las olas turbò tambien las fantasias, haziendo, que con el manteo valanzeassen las cabezas, aun de aquellos, que estaban mas acostumbrados à recibir del mar sin impression alguna semejantes golpes; se huvieron de retirar â sus catres los Novicios inhabiles a exercer, aun las mas precisas acciones. Cogiolos en este estado la noche, y viendo el P. Visitador, que los mas de ellos no podian desnudarse por si mismos tomò S. R. este empleo en aquellos terminos, que se lo permitia la decencia, y assi los fue desnudando, vno por vno clausulando su abatimiento este exercicio con vesarles los pies â todos. Mas como vno de ellos estuviese menos turbado, y conociendo al Padre rehusasse encogido, que S. R. practicasse con el tan baxo empleo sin embargo huvo de ceder oyendo las veras conque el P. Visitador le decia: Hijo tomara Yo ser digno de ponerme â sus pies, y deservirle. Palabras conque mas de vna vez quedo victoriosa la humildad del P. Visitador en semejantes empeños. En el tiempo de comer todo el cuyda-

dado del P. Joseph era tenerlo de su Communidad. Solia el Padre frequentemente quedarse (no sin repugnancia) para la segunda meza, que cōponian los Seglares por estar asistiendo â sus Novicios el tiempo dela primera que se formaba de los nuestros. En vna de estas ocaciones sucedio, que no se quien de los Commensales antiguos acaso ciego, como Jonatas con el hambre le dixo poco advertido al P. Joseph, que quien lo avia construido Superior, ô Trinchante de los otros? Bien pudiera lo mordaz y azedo de esta mostaza aver abinagrado la comida al P. Visitador, pero la mansedumbre de su R. tenia tan templado su paladar para esta salza, que apagò toda su acrimonia con lo dulce de esta res-
„puesta: „Por estos pobres lo hago, que si no los cuy-
„do Yo se quedan sin comer. No lo hago por Supe-
„rior, que Yo ni aun subdito meresco ser del mas
„inferior de todos. Palabras, que refiere, quien solo por haver estado immediato las pudo aver percibido, tal fue la sumision conque se profirieron. Donde no es de omitir la observacion que hizo el que depone como testigo este caso: y es, que despues el P. Visitador daba a este sujeto mas especiales muestras de religioso cariño; como si le huviera grangeado mas su agasajo con averle

exer-

exercitado mas su sufrimiento.

Ni solos eran los Novicios los que me recian al P. Visitador sus atenciones. Tambien se las arrebataban los Marineros, gremio no poco necessitado de Piloto, que en la navegacion de esta vida los guie al puerto dela eternidad. Para demarcarles, pues, â esta pobre gente el rumbo del celestial Parayso, se iba con ella todas las tardes al Castillo de pròa, donde capitaneando a aquella chuzma, rezaba con ella el Rosario de N. Señora, y cantaba su Letania; como si le dixera con esto, que la primera diligencia de quien navega al Empyreo, debe ser poner los ojos de su devocion en Maria Santissima, como en Norte fixo, â quien debe mirar constantemente la abuja, siempre inquieta de nuestros afectos. Despues sirviendole de Carta geographica el Cathecismo, les avisaba con explicarles vn punto de Doctrina, que el vnico derrotero para llegar â tomar la mejor altura, era observar la linea de los Mandamientos Divinos: porque navegar sin seguirla, no es mas, que topar en cada passo el escollo de vna culpa, y en cada culpa el naufragio eterno del Alma, que necessariamente irà â pique, y se precipitarà al abysmo, si por su dicha no encuentra la feliz tabla dela penitencia. Por es-

esso todas sus platicas se terminaban exhortando â que confessassen sus culpas con arrepentimiento verdadero. En orden a conseguir este fin (les hizo acompañado del zelo de otros Padres) vna fervorosa Mission, en que publicando nuestro Jubileo, fue muy raro quien no se dispuso â ganarlo, poniendo las diligencias de confessar, y comulgar, que no pocos solian repetir despues cada ocho dias. Assi acudia el P. Visitador â remediar en la Marineria las enfermedades del Alma, pero sin olvidarse de acudir tambien â los que en el cuerpo adolecian. Visitabalos â estos con frequencia, cargabalos en sus brazos, serviales los vasos mas immundos, y se avergonzaba no pocas vezes, solicitandoles, del Repostero, los alivios, que podia. Y si despues de estas fatigas le instaba compassion algun Hermano â S. R. que tomasse algun descanso, ô refuerzo, se negaba el P. Visitador â las instancias diciendo con gracia, no era menester: porque S. R. era llevado por mal. Y es assi, que el P. Joseph era en esto muy parecido al Lino Griego, de quien assegura Plinio, que es llevado por mal: porque quanto peor se trata, tanto mejor es, y mas sazonado su fruto: Quanto pejus tractatur, tanto melius provenit.

Ci-

Cierto, que al vèr lo que el P. Visitador trabajo dentro del Navio, no pudo menos, que juzgar verifico S.R. en mejor sentido, lo que Plutarco dixo de Luculo, y es que siendo mozo, quando se embarcò contra Mitridates, se dio tanto en la navegacion a leer las Historias de los capitanes insignes, que quando se desembarcò llegò ya hecho vn insigne capitan. No es otra cosa lo que Yo pienso sucedió al P. Visitador. Crea S.R. quando se embarcò à esta America, mozo en el arte de ganar Almas (à lo menos comparado conmigo mismo en otras artes, en que siendo mayor su exercicio, tambien lo pedia ser su Magisterio) mas en su navegacion se dedicò tanto à imitar los exemplos de los navegantes Xaviers, Sanvitores, y otros Grefes de nuestra Apostolica Milicia, que podia parecer su semejante, quando llegò à tomar tierra.

No logrò el P. Joseph esta dicha de besar gustoso la Playa, sino despues, que el mar le amenazò con vn funesto naufragio en las alegrias del Puerto. Ya bordeaba con el de Vera-Cruz, la Nao, que conducia nuestra numerosa Mision, quando disminuiendo el ancla, que se traxo, para fixarse sobre ella, se fue à bazar en vn banco, donde las olas del Norte cada instante acrecen-

contaban con las olas el peligro. Dilataba el Castillo de San Juan de Vlúa prevenir de socorro; y movido de esta dilación, procuró el P. Joseph dar el que podía. Porque teniendo deportada en su corazon toda la serenidad, que las aguas avian sacudido de su seno, se fue á proa donde reconcilió á sus Novicios, y confesó á otros muchos, que se llegaron á sus piés, no sin esperanza, de que cesarian los golpes del mar, al oír los golpes de sus pechos, y de que echando al mar amargo de su contricion, el grave peso de sus culpas, podrian mantener sobre las ondas el Bagél; á quien cada una de ellas convidaba ya con un espacioso sepulchro. Lo cierto es, que mientras el Padre se mantenia en esta piadosa diligencia, les llegó á todos el remedio deseado en una Lancha, que los transportó de la inminencia del riesgo, á la seguridad del Castillo. Pero no bien avia S. R. llegado á esta Fortaleza, quando no tanto el acaso, como la Providencia Divina, nos dió un publico testimonio de su apostolico zelo. Hallabase de Capellan á la sazon en aquel Presidio de Vlúa un Sacerdote, que avia conocido al P. Visitador en Canarias, quando S. R. corrió misionando aquellas Islas. Y sabiendo, que uno de los Jesuitas, que acababan de llegar era el P. Joseph de Molina, haziendo reflexa de

que

que lo conocia, y conocia bien, dixo al instante: El P. Molina ha llegado? Luego sermon tenemos. Y sin mas saludar â S.R. ni explorar de otro modo su beneplacito, teniendo este por seguro, hizo seña con la campana, tocò â sermon, recogiò toda la gente en la Iglesia, y yà junta embiò â llamar al Padre con vn paje, que llegando â S.R. le dixo: Padre, dice el Señor Capellan, que yà esta la gente junta, y que aguarda â V.R. Cogiò de improviso esta embaxada al P. Visitador, que totalmente ignorante de lo que prevenia el Capellan, andaba con sus Novicios mirando, desde la tranquilidad del Puerto, las alteraciones del golfo. Y assi huvo de preguntar: A que se avia juntado la gente, y para què lo aguardaba? Respondiole el pajezito, que para que les predicasse. No huvo menester oir mas el P. Joseph; y assi pidiendo licencia al Superior, que se hallaba presente, fue, y sobre aquellas palabras: Ambulate dum lucē habetis, ne vos tenebrę comprehendant; les hizo vna Platica fervorosa sobre no dilatar la penitencia, si no querian experimentar el castigo de su tardanza, en una muerte repentina. Verdad, que oportunamente vigorizaba con el suceso de tantos, como se acababan de vèr aquella tarde en sus gargantas. Este es el caso arriba

pro-

prometido, de que se coligen claramente los continuos afanes, con que el P. Joseph evangelizo las Canarias; pues quien allà fue testigo, nos afirmò acà con el hecho, que el P. Visitador trabajaba perpetuamente de suerte, que parece no podia vivir ni estar, si no estaba trabajando. Y assi de estas premissas, que tenia probadas con repetidas experiencias, sacò aquella ilacion, tan en abono del P. Visitador, como expressiva de sus incansables tareas en el Pulpito: El P. Molina està en el Castillo? Luego sermon tenemos. Lo qual sin duda fue decirnos, que el P. Joseph fue vno de aquellos varones Apostolicos, que â juicio de San Gregorio el Grãde, merecieron â David el sobrenombre de Cielos; porque como Cielos descansan, no de otro modo, que en el movimiento continuo con que rodean la tierra, predicando sin cessar â sus habitadores, las glorias de su Hazedor: Per psalmitam de sanctis predicatoribus dicitur: Coeli enarrant gloriam Dei.

Passada aquella noche, y los dos dias siguientes en el Castillo, partiò de alli â nuestro Colegio de Vera-Cruz; y â pocos dias al del Espiritu Santo dela Puebla, donde puestos sus Novicios en la Casa de los Exercitantes, al verlos ya en lugar tan oportuno, añadiò luego â la

dis-

distribución de aquel Noviciado volante, el exercicio, de las platicas de Comunidad, que le avia hecho suspender en la embarcación lo desacomodado del sitio. Por eso como si su espíritu huviera estado hasta entonces de repressa soltó los diques, exponiendo aquel lugar de San Pedro: Fratres satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, et electionem faciatis; en vna Platica sobre el aprecio de su vocación, y medios de conservarla. Esta hizo con palabras tan de fuego, que siendo de cera el corazon de sus oyentes, fue forzoso diese muestras de derretido en las muchas lagrimas con que se les vino á los ojos; sin que pasasen aquí las demonstraciones de ternura, con que sus Almas protestaron exteriormente lo determinadas, que estaban á guardar aquella doctrina. Llegó por vltimo á Mexico el P. Visitador, entregó su Comunidad en nuestro Noviciado antiguo de S. Andres: despidióse (no sin recíproco sentimiento) de sus Novicios, y S.R. se passó á la casa Professa donde creyó fuese solo de passo su morada; pero los Superiores informados de quanto podia servir en aquella Casa su singular aplicación á los ministerios de ella, determinaron, que tuviese de assiento allí su habitación. No es creible la pena que causó al P. Joseph es-

esta noticia; viendo se le cerraba la puerta de sus amadas Misiones, quando tenia ya los pies en sus umbrales. Atribuialo à su inutilidad, y à sus culpas; y besando con rendimiento la mano, que le afligia con el golpe, adoraba los secretos de la Providencia Divina, conformandose, con la disposicion, que por los Superiores le intimaba. Cerca de vn año se mantuvo el P. Joseph en la Profesa, con vn incansable fervor al Confessionario, mayormente de los Indios, que prefería siempre à los Españoles diciendo, que de estos avia dexado bastantes en Europa, de donde no lo avia sacado mas, que el deseo de la salvacion de aquellos. Ofrecióle buena ocasion de emplearse en el socorro de estos pobres, la desconocida Epidemia (para quien en el idioma natural inventó el nombre de Matlazahual) que por los fines del año de 1736. en que S.R. llegó à estas Indias prendió en Mexico, singularmente en los Indios, de que murieron tantos millares en pocos meses, que despues de llenar los Cementerios, pasaron los cadaveres à inundar tambien los campos. Del inmenso trabajo, que en esta peste llenó de merecimientos, y de gloria à los Hijos de la Compañia; tocó no pequeña parte al P. Joseph, à quien en este tiempo (como S.R. escribió en vna suya) apenas dexaban los enfermos lugar para vivir, y muchos

chos dias no lo permitian zerar, ni aun el Oficio Diuino; porque ocupaba los dias enteros, en confessar à sus pobres, consolarlos, y hazer con ellos lo que le dictaba, y permitia su charidad.

Con hallarse en vn theatro tan opimo de sazonados frutos, pudieran darse por satisfechas las ansias, que el P. Joseph tenia de passar à las Missiones; pero como a estas lo llamaba Dios interiormente, nunca dexò de representar à los Superiores sus deseos, hasta que por premio de sus constancias, logrò que la obediencia lo señalasse à la Prouincia de Zonora. La extraordinaria alegria conque recibiò el P. Joseph esta assignacion, manifestò S.R. en carta escrita à vno de sus Novicios, en que le dice: Ayudenme mi Hermano à dar gracias à nuestro Señor y à la gran Madre, por el beneficio de auerme señalado yà el P. Prouincial à Missiones, que lo juzgo de los mayores, que he recibido en mi vida. No fue menos expressiua otra demonstracion, que nos dexò de este gusto. Topò en la calle por este tiempo à vn Religioso del esclarecido Orden de Santo Domingo (hoy dignissimo Prior del Imperial Conuento de esta Corte) con quien tenia S.R. el conocimiento que le dio auer passado juntos à este Reyno; y sin poderse contener con el retractio dela publicidad, se llegò à su Paternidad,

y

y le pidiò, mas que con la lengua, con el corazon; cuyo Jubilo hablaba en todo el semblante, que le diesse vn abrazo muy estrecho; porque le hazia saber, que tenia yà licencia para irse â sus Missiones. Dioselo el Religioso, que despues contò este caso moviendole la lengua la ternura, y dictandole las vozes la edificacion, conque hasta oy ha quedado. Este Jubilo le hizo emprender al instante su viaje, rezeloso de que la dilacion originasse algun acaso, que como piguela detuviesse la rapidez de su vuelo. Saliò pues de Mexico gustosissimo por ir â descansar trabajando hasta la muerte con sus Indios. Detuvose en nuestro Noviciado de Tepotzotlan, no por otra causa, que por dar, como diò, menudissima cuenta de su conciencia al P. Rector, que entonces era de aquel Colegio: que solo este motivo pudo tener en su aprecio, fuerza bastante â interrumpir vn dia sus jornadas. Pero no contento, con aver descubierto vna vez su corazon al P. Rector, con la sencillez, ê ingenuidad, que lo pudiera hazer su mas ajustado Novicio; quedò de acuerdo con S. R. que todos los años le escribiria, como en efecto le escribio, al mismo fin de manifestarle los senos mas ocultos de su pecho reservandole solo âquellos, que â juicio de la prudencia no se debian fiar del ligero candado de vna oblèa ni del

in-

infiel sigilo de vna carta. Con tan buen pie (como es el que nos dà esta accion sondèar el mucho fondo de su virtud) volvio â montar â cavallo el P. Joseph: cuya demora parece, que aprobò Dios con reforzarle el equipaje, para que doblando las marchas acallasse las quexas, que por la detencion passada le daba la sed ardiente, que tenia de veerse yà con sus Indios. El caso fue, que llegãdo pocos dias despues â nuestro Colegio de Queretaro, vn Padre le diò vna Carta, para que S. R. la entregasse al dueño de vna Hazienda, por donde forzosamente tenia que passar el dia siguiente, segun su itinerario. Mas no dudan el P. Joseph, que la Carta era de recomendacion llegado a la tal hazienda cerca de anochecer, por consejo de su mortificacion se hospedò, y quedò â dormir en la estrecha chozuela de vno de los Indios sirvientes donde no ignoraba que seria tratado menos bien, y por esso mas â su gusto: porque lo saldria â cortejar el desamparo, le sazonaria los platos la pobreza, y le mulliria el catre el desabrigo. Assi fue; pero para cumplir con su encargo, quando se despidiò por la mañana diò a su bienhechor, juntamente con las gracias la referida Carta, para que la entregasse â su dueño. Leyòla este, quando yà entrado el dia se la dieron; ê informado de lo sucedido embiò â detener al Padre para recompensarle

en

en vn buen dia el mal hospedaje, que S.R. se avia tomado aquella noche. Mas à fuerza de ningunas instancias, pudo conseguir este regreso; lo que si consiguiò sin dificultad fue, que el P. Joseph recibiese el regalo, que le hizo de dos Caballos. Estos admitiò S.R. de buena gana diciendo, que los admitia solo, porque con ellos llegaria mas en breve à sus amadas Misiones, y recompensaria el tiempo, que en tepotzotlan se avia detenido. Por eso doblando luego sus marchas, no tardo mucho en llegar à su suspirada Sonora, y en ella à la Mision de N. Señora del Populo, à que fue primeramente señalado. Entro S.R. gustosissimo en esta Mision, no solo por ser esteril de commodidades, y fecunda de trabajos, sino tambien porque estando quasi en la raiz del descubierto, tenia su zelo abierto el campo para dilatarle sus dominios à la corona de Christo, y a la Ley del Evangelio; bien, que sin salir Jamas de los canceles, que sobre esta materia tienen puestos las Leyes de otra corona. Para este efecto pidiò, y obtuvo licencia del P. Visitador General de estas Misiones, la que sin duda hubiera puesto en execucion, si la obediencia (mirando por su salud, que se comenzaba à resentir) no le hubiera mudado à la Mision de los Dolores en la Pimeria alta.

En esta Mision no menos fecundo de fatigas,

gas, que la Mission del Populo, aliciente, que facilmente sobornò al P. Joseph, paraque admitiesse vn cambio, en que si mejoraba de salud, era sin mejorar de terreno. Por esta causa passò a segunda Mission con tanto gusto, como estaba en la primera. Buen testigo nos puede ser de esta verdad, lo que el mismo P. Joseph escribiò â vn Hermano respondiendole â vna en que le significaba los deseos, y esperanzas, que dicho Hermano tenia, de que S.R. volviesse â la Provincia. A esta carta correspondiò el P. Joseph con otra, donde no ay clausula, que no se pudiera trasladar en su carta de edificacion. En ella dice, que lo solian llamar â confession de parajes distantes veinte, y sinco, y treinta leguas, y que por irlas â hazer le era ordinario caminar quinze dias, y ocho, y aun veinte, y dos leguas al dia siempre con riesgo de encontrarse, con Apaches, hombres, tigres, y fieras de nuestra especie, que sin dar quartel â Indios, ni â Españoles, luego les quitan la vida, por sazonar con sus carnes, su mas regalado banquete. Y despues añade S.R. „Yo prosigo muy „contento, gracias â nuestro Señor, y sin apetecer „mas, que morir en los brazos de estos pobrecitos „Indios; si yà no sea tal mi ventura, que quiera „nuestro Señor, que mi mala sangre la derrame „Yo toda por su Fee. De aqui solo quiero salir para „el Cielo. Volver â la Provincia tan lexos estoy de

de-

»desearlo, que me serà de summo dolor dessar estos
»desiertos, y estos pobres hijos. Ya he dicho muchas
»Missas, y hecho plegarias à Dios, y à la Señora de
»los Dolores; porque se rriden de mì. Y si me lleva-
»ren no tendrè duda, que este serà uno de los
»mayores castigos de Dios por mis pecados. Yo ri-
»me à esto, y aquì estoi como en el centro, y pos-
»sesion de los deseos, que tuve por mas de trein-
»te años, con el dolor de que se me frustrasse dos
»vezes pasar, una à la Provincia de Santa Fee,
»y otra à la de Philipinas. Aun las Misiones,
»que ay en Sonora guantosas, y muy bien pu-
»estas las repugno. Ados de estas he estado ame-
»nazado por favor, y charidad del P. Visitador;
»y le he reclamado me dexe en la Pimeria, donde
»las cosas estàn muy en bruto: ay que padecer en
»comida, y casa, y con los hijos todavia zimarrones:
»ay pobreza, ay riesgo de ver Yo (como otros Padres)
»hechizado. A esto venimos: si esto no deseamos, y
»apetecemos, menos malo fuera estarnos en Es-
»paña. Me ha echo Dios el favor de concederme
»un entrañable amor à los Indios sin cansarme,
»ni enfadarme por sus tonterias, ingratitudes, &c.
»Pues à que fin Hermano mio, desearme, que vaya
»à Provincia. Aquì hago falta; solo por la, que ay de
»Sugetos: alla hace sobra, y aun estorbo. Que impor
»ta, que no nos veamos en esta vida? Encomende-

mo-

»moños mucho â Dios, que toda la eternidad tenemos,
»para vernos juntos en el Cielo.

Hasta aquí el passaje del P. Visitador, â quien la confianza conque escribiâ, sin duda le moviò la pluma, para que nos dexasse en cada rasgo vn apunte de sus religiosas virtudes; pues âpenas ay algunas, que no se assome â cara descubierta â la narracion de esta Carta: cuyo estilo no desconocerà por ingènuo, quien se acordare, que en esto se parece mucho al estilo de aquella Carta Divina, en que otro Missionero de la Compañia primitiva de Jesus, se hizo Chronista de sus proprios trabajos, sin que lo acobardasse el rezelo, de que nos frequentaba vn mapa, de sus elogios, en cada vno de aquellos periodos, que parecen dictados para texer la historia de entrambos Missioneros: Periculis in mari, periculis in solitudine, periculis ex gentibus: in labore, et ærumna, in fame, et siti, in frigore, et nuditate: præter illa, quæ extrinsecus sunt, instantia mea quotidiana, solicitudo omnium Ecclesiarum. No quiero proseguir, como prosigue el Apostol; porque el Apostol continùa su Carta, diciendo, que enfermaba, quando enfermaban sus hijos: Quis infirmatur, et ego non infirmor? Y Yo es forzoso, que continùe la mia diciendo, que el P. Joseph enfermaba, aun antes, que sus hijos enfermassen; tomando S.R. sobre si la enfermedad, que à ellos amenazaba. Assi le sucediò con el contagio peligrosissimo

del

del Matlazahual. Es el caso dignissimo por cierto de reparo, que asiendose prendido, como diximos en Mexico la llama de este tan nuevo; como fatal accidente se interesò su voracidad hasta la remotissima Provincia de los Pimas, donde yà eran funestos los estragos, que hazia en sus naturales. Conocio el P. Joseph el peligro, que se acercaba à sus Pueblos, y la muerte, que andaba rondando à sus Indios: por esso queriendo salir al encuentro de este tozigo con el mas eficaz antidoto, y cerrar el passo à la peste con el preservativo mas seguro, hizo una Procesion de Rogativa, en que sacò la Imagen de su singular Abogada Maria Santissima de las Angustias (amable titulo, cuya frequente invocacion haze festiva de celestiales fauores al suelo Granadino en que el Padre se alimentò con esta devocion cordial, à la que por Madre de Jesu llamamos todos Salud de los enfermos.) Concluia el P. Joseph las preces de esta rogativa, suplicandole à su afligida Patrona que librase del imminente contagio à su Mision, pues era justo, que estando ennoblecida con el nombre de sus Dolores, gozasse fuerzas de immune siendo su nombre una Torre fortissima, que la defendiese dela muerte, en aquel tan evidente riesgo de la vida. A esta deprecacion añadiò luego, que si era del agrado de su Santissimo Hijo, y del suyo,

S.

S.R. se ofrecia gustoso à padecer aquella enfermedad: porque no lo padeciessen los amados Indios de sus Pueblos. Y aqui dos contingencias (yà que no se les dè otro nombre) que esforzoso se hagan advertir dela atencion mas dormida. El mismo dia, que el P. Joseph presentò este Memorial por mano de su Abogada en el Tribunal dela Misericordia Divina, se sintiò S.R. herido del vezino contagio, que no contento con afligirlo en vna ocasion, le repitiò despues otras dos vezes: como si para redimir del mal à los tres Pueblos, que cōprehendia su Mission, fuera precisso, que tres vezes padeciera el contagio S.R. quien con la repeticion de estos golpes, tuvo tan à peligro su vida, que corrio su muerte por cierta, tanto, que por todos los Colegios dela Provincia la fueron publicando, con voz impressa los moldes. A esta primera contingencia de su enfermedad, contraida el mismo dia de su suplica se siguio la segunda, y fue, que ni vno solo de sus Indios padeciò el accidente; cuyo meedo los tenia à todos azorados. Alababa el P. Joseph a Dios, y à su Santissima Madre por esta singular misericordia, añadiendo era muy puesto en razon que no padeciessen sus pobrezitos Indios; pues era S.R. el malo, y el que merecia solo mas castigo que todos ellos. Ya se vè, què dilatado margen se descubria aqui, pa-

ra

ra que mientras el P. Molina alababa las piedades Divinas, elogiaba Yo en S.R. la profunda humildad de su dicho, y la charidad heroica de su hecho: pues ariendo este llegado à ofrecer su salud, y su vida, por la vida, y salud de sus ovejas, es necesario decir, que S.R. llenò el oficio de buen Pastor, quando su charidad hizò la barra hasta ponerla en aquel termino, donde se lee grabado el Non plus ultrà del oraculo de Christo: Majorem charitatem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis.

A vista de este paternal amor, que tenia el P. Joseph à sus Pueblos, no pudo menos, que serle sensibilissima la noticia, que a los dos años de vivir en ellos, recibiò de estar señalado por Visitador General de todas nuestras Misiones: oficio que por no dexar à sus Indios hubiera propuesto, si no se lo embarazara la resolucion frame que tenia de no proponer cosa alguna, que le ordenasse la obediencia. Luego, que recibiò el P. Visitador su Patente, tuvo bien en que mostrar su constancia, su zelo, y su prudencia en el muy doso caso, que por entonces se ofreciò. Este fue el alzamiento de los Indios, que pueblan las riberas, de aquellos dos celebres Rios Yaqui, y Mayo, que despidiendose dela tierra con abrazar la Provincia de Sinaloa, van à topar en el mar del Sur su desague. En esta sublevacion fue mucho lo que tu-

turo, que tolerar el sufrimiento de los Nuestros, no solo por la parte de los Indios amotinados, sino tambien, y aun mucho mas, por la parte de aquellos Españoles, que por razon de su empleos debian aver sufocado en sus cunas el tumultto: porque tomando cuerpo esta centella con la misma inaccion, y desidia de los que tenian mas especial obligacion de apagarla; conocieron estos el riesgo, que corria su fortuna, si no compugaban la vehemente sospecha, y desvanecian la publica voz de omisos, que peleaba contra ellos. Por eso para rechazar esta voz, y subsanar aquella sospecha, tomaron el medio de arrojar à nuestra Casa el fuego, que ardia en la suya; y assi decian que los Nuestros avian sido la causa del disturbio; y que este despues de nacido, se pudiera con facilidad aver ahogado, si los Padres Misionexos de aquellos parages, no se huvieran hecho parciales del vando de los Indios. Para colocar, y esforzar los dos articulos de esta notoria impostura, jugaba la emulacion contra Nosotros aquellas armas, que mas vivamente nos hieren: porque tiran à vulnerar el buen nombre, y credito de nuestra Madre la Compañia. Esta era la tormenta, que à soplos de la calumnia, se iva fraguando cada dia mas en las aguas del Mayo, y Yaqui, à donde luego que tuvo noticia de ella se partio el R. Visitador

ca

caminando día, y noche en la estación mas in-
portuna del año, hasta que venzida en breve
tiempo la desmedida distancia, se llegò a poner
en lo mas arduo del empeño presentando-
se como muro à que aretase el golpe de sus ti-
ros, la saña de nuestros contrarios. No fuera
facil decir en breve lo que trabajò aquì la di-
reccion eficaz, y destreza del P. Visitador: yà
reduciendo à camino los Indios abandeciza-
dos, quando estos solo pensaban en buscar mo-
do con que hazer al P. Joseph su prisionero: yà
refutando las falsedades, conque los Españo-
les empeñaban el candor de nuestra Sagra-
da Religion, y buen nombre de sus Apostoli-
cos Hijos: ya en mantener à los Operarios Je-
suitas en el cultivo de la Viña, que tenian en-
comendada; la que muchos huvieran desam-
parado saliendose de sus Misiones, por pen-
sar eran aquellas las circunstancias mas
exactas, en que se haze loable la execucion
de aquel consejo evangelico: Cum persequen-
tur vos in ista civitate, fugite in aliam; si el P.
Joseph no los huviera detenido con la energia
afable de sus instancias, y razones; pues con
estas obligò à que se mantuvieven en su pues-
to, y estacion, peleando contra los ardides, y
asechanzas de otro Sinara, las religiosas mi-

ti-

litares estrellas, que estàn llenando de luz aquellas remotas Provincias. A rebatir estas puntas enderezò el P. Visitador, como â blanco la energìa de su lengua, y buen corte de su pluma; cuyo cañon, como si lo fuera de batir, hizo tanto fuego de razones, que â ellas se debiò la mayor parte del buen exito, que en Mexico decidiò â nuestro favor este litigio. Pues el informe, que hizo el P. Visitador fue el arzenal de donde salieron en gran parte las armas, que obligaron al Superior Gobierno â remover de su cargo el Gobernador de aquella Provincia è hizieron, que le entrasse à succeder en el manejo del baston vn sujeto muy de la aprobacion del P. Joseph, por las muchas prendas, que tenia, y por las muchas esperanzas, que con ellas daba, de que con su gobierno se levantaria en aquel pais el iris de la quietud, tranquilidad, y paz deseada, como luego se comenzo a experimentar. Conseguido este trophèo comenzò â respirar ayre mas puro la fama de los Nuestros, y fue poco â poco serenando la tormenta, que hazia corriessen turbias las crystalinas aguas de aquellos apacibles Rios; y hasta entonces se mantuvo el P. Visitador en sus fronteras: de donde por vltima canta-

da

da la victoria se restituyò à su Mission gustoso de hazer trabajado, no solo por defenderle à nuestra Religion su lustre, sino tambien por mantener nuestra Catholica Religion en aquellas bastas Provincias; cuya fidelidad para con Christo vive, y se conserva à la sombra de la fidelidad, que guardan à nuestro Catholico Monarcha.

No paso mucho tiempo despues, que el P. Visitador tuvo el consuelo de volver à su Mission, sin que sintiesse las resultas de su desmedido cansancio, en una penosa enfermedad, que le sobrevino de tanto cuydado, que luego hizo manifiesto su peligro. Quiso Dios, que saliesse de este S.R. y sin aguardar à que la lentitud de una convalencia assistida restaurasse las fuerzas, y los brios, que totalmente se avian quitado tres meses de grave indisposicion, se puso otra vez en camino, para comenzar su visita; la que solo pudo hazer en Sonora: porque avièndo visitado esta Provincia con singular acierto, quietud, y charidad, se le renovaron sus antiguos accidentes, y le faltò del todo la salud precisa para continuar su derrota. Ya andaba el P. Joseph bastantemente postrado de sus achaques, quando pocos dias antes de entrar en la Cuaresma alta, le repitiò en el Provi-

dio

dió de sanos su antigua calentura, nunca mas maligna, que entonces. Fue esto por los fines de Quaresma: y creyendo el P. Visitador, que en aquel sagrado tiempo, no debia mirar tanto por su salud corporal, como por la espiritual de sus proximos, olvidado de su quebranto, se dedico à predicar assi en aquel Presidio, como en su comarca varios Sermones Morales, de que cogia despues à manos llenas el fruto, que à los pies se le venia. Parece, que intentaba el P. Joseph apagar un fuego con otro, y ahogar en las llamas de su charidad los ardores de su fiebre; pero no le fue possible: porque irritada esta con su mismo desprecio le iba cada instante poniendo à su vida mas estrecho sitio, tanto, que le fue forzoso, no yà el salir, sino dexar que lo sacassen del Confessionario para llevarlo à la cama de la que toda via bien enfermo se levantò, solo por irse à morir, como decia S.P. en Casa de la Compañia. Llevandose pues consigo todos sus accidentes prosiguio el P. Visitador su camino, hasta que llego à la Thaxumaxa. Visitò la Mision de Yeposmeza; y juntandose allì con un Padre, à quien S.P. avia llamado, para que le acompañasse en la visita de aquella Provincia; quando se huvo de Partir con dicho Padre à continuarla,

le

le dixo presintiendo la cercania de su muerte: "Vamos Compañero, que hasta Santo Thomas, ô Papigochi irèmos juntos, y Yo allí me quedare en el Cementerio. Pronostico acertado, que sin duda leyò S.R. en las tablas de su corazon, y en los signos, que yà observaba en sus achaques.

A vista de estos rogaron al P. Joseph, que suspendiesse la trabajosa empressa de su dilatada visita; pero se escusò diciendo, que queria tener el consuelo de morir en su oficio: quiza para morir tan gloriosamente como el Sol, en el actual exercicio de visitar sus lucidas casas. Partiòse, pues, â continuar su derrota, sin que en este camino fuesse otra su conversacion mas, que de la muerte, para que se preparaba creyendola yà muy vezina. Llegò preocupado de este pensamiento el dia dies, y nueve de Abril â la Mission de Santo Thomas, donde passò todo aquel dia, y parte del siguiente con vn aparente alivio: pero luego quasi de repente se atumultuaron sus achaques, y le dieron el abanze con tal impetu, que fue menester administrarle el Viatico, y pocas horas despues la Extrema Vncion; como se executò assistiendo â estas vltimas piadosas funciones seis Jesuitas: Communidad passagera, y para estos paramos tan crecida, que dificilmente se juntarà otra vez igual. Esta prisa con que corria la enfermedad, hizo, que se tomasse la deter-

mi-

minacion de no dexar solo aquella noche al P. Joseph. Mas noticioso S.R. del animo, que tenia su Compañero, agradeciendo su charidad le dixo: „Bien puede V.R. descuydar ahora de mi; pero „mire, que mañana en la noche no me dexe „vn punto solo. Y el efecto mostrò quan fundado era este miedo, que tenia nuestro enfermo: porque la noche siguiente fue la vltima de su vida. Esta noche siguiente, como à las diez, perdiò el vso dela lengua: pero no ignorando, que tambien los ojos hablan; comenzo desde allì à hablar con los ojos. Con ellos pidiò primero, lo que no se le pudo conceder, porlo que peligraba su vida, en el movimiento mas ligero. Esto fue que le pusiessen la sotana; como si fuera precisso, que se cuerpo se adornara con esta vestidura nupcial, para que su Alma fuesse admitida à las bodas celestiales del Divino Cordero. Despues (tambien por señas) rogò, que le atasen à la mano el Santo Crucifixo, sin duda para morir con las Armas de su Milicia en la mano: y assi las empuñò, para salir al vltimo combate, que ya sentia muy vezino.

Mientras que llegò esta hora, se le sugirieron al P. Visitador aquellas Jaculatorias, que S.R. mismo tenia prevenido à su Compañero le inspirasse al trato en aquel conflicto. A estas respondia el P. Joseph no con los labios, sino con

el

el corazon: de donde salían como eco los afectos inflamados, que no cabiendo en el pecho, se asomaban al semblante en un color tan encendido, como si la muerte cansada ya de ser pálida, hiziesse alarde, de que también tiene purpura con que cubria alguna vez sus trophéos. Registraba ya el P. Joseph los orizontes dela eternidad; pero con aspecto tan agradable, y semblante tan risueño, como si tuviera su rostro salpicado con las dulces gotas de aquel impetuoso rio, que llena de jubilo la Ciudad Santa de Dios, à donde caminaba. Las dos de la mañana serian, quando la densa nube de no sè que terrible congoja interior turbò toda esta bonanza, segun se echò de ver por la inquietud de las olas, que el Alma revacaba à las orillas delos ojos; pero calmò à breve rato la tormenta. Sossegose el P. Visitador, y restituido à su antigua serenidad, con un semblante mas apacible, y alborozado, que nunca hazia sentar à su Compañero de que mirasse, como que allí avia alguna cosa, que le causaba particular alegria: »Persua»dome (dice reparando este caso el Padre, que à la »razon le acompañaba) no con leve fundamen»to, que gozaba entonces la presencia del V. P. Ma»nuel Padial: porque años antes me avia com»municado el P. Visitador General Molina, que

te-

»tenía el consuelo, de averle prometido su Santo P.
»Padial assistirle en la hora de la muerte; delo
»que poco antes de perder el uso de la lengua, re-
»convenía el P. Joseph al V. Padre, executandolo al
»cumplimiento de esta su promessa con una fir-
»ma de dicho V. P. Padial, que tenía à los pies de
»su Santo Crucifixo. Hasta aquí el Compañero del
P. Visitador: à cuya docil creencia, suave Juyzio,
y benigno parecer no pretendo Yo, que se le dee
mas assenso, que aquel que se mereciere la ra-
zon, en que estriva su piadosa conjetura. Lo que
sí tengo para mì por cierto es, que el P. Visitador
le tenía con sus virtudes muy merecidos al Cie-
lo, sus especiales socorros para aquel vltimo con-
flicto. Y assí no es de estrañar, que la Misericor-
dia Divina, se le hiziesse en aquel lance muy
presente: yà fuesse embiandole al V. P. Padial, que
como Angel lo confortasse en la lucha de su pos-
trera agonía; yà fuesse por otro modo de los
muchos, que Dios tiene para favorecer à sus es-
cogidos, quando los vè puestos en el duro potro
de la tribulacion. Assí lo estaba el P. Joseph quan-
do nuestro Señor fue servido de consolar à S. P. con
sobrexle aquella summa tranquilidad de coza-
zon, que antes gozaba. Con esta paz, y quietud
interior, y exterior prosiguió escribiendo el vlti-
mo renglon de su vida, hasta poner el punto fi-

nal

nàl, no con otra tinta, que con la sangre de su Redemptor; pues para esso conociendo, que su Alma se despedià yà de su fatigado cuerpo, por irse à incorporar en el coro de los Justos; que con alegria la aguardaban; estrechò (lo mas apretadamente, que pudo) entre sus brazos, y rostro las dos Imagenes de Christo Crucifícado y de Maria Santissima de las Angustias, que fueron siempre los dos exes, en que se volteò su devocion. Al calor de este dulcissimo abrazo, se encendiò el espiritu del P. Visitador de manera, que a vista de tanto fuego se ablandò de suerte la cadena, que lo tenia atado al breve de su cuerpo, que pudo facilmente romper sus eslabones, y escalar la prision en que gemia, por ir à gozar en el Cielo la libertad, que deseaba: pues muriendo, como murió, el P. Joseph teniendo en sus brazos à Maria Santissima, que es la feliz puerta del Cielo; y en su mano à su precioso Hijo, que es la llave maestra del Empyreo; podemos creer, que su dichosa Alma toparia tan facil entrada en la Gloria, como quien tenia la llave, y puerta de la gloria en su mano.

Assi se lo persuade piadosamente nuestra confianza, no solo por el fundamento, que dàn à esta persuasion las buenas circunstancias (ahora dichas) de su preciosa muerte, sino mucho mas por las premissas, que nos ofrecen pa-

para sacar esta ilación las religiosas virtudes de su asustada vida. Y aunque algo de estas queda tocado en el discurso de esta Carta; sin embargo antes de cerrarla, no puedo menos, que añadir à lo dicho vno, ôtro de sus apreciables exemplos: bien, que sin observar orden alguno de dignidad entre aquellas virtudes, à cuya clase pertenecen; estando seguro de que no por esso desluciràn mi confusion en referirlos, la hermosura, que se percibe en escucharlos; como no se desluce la belleza de las flores, porque se mixen tal vez barajadas sin distincion en su ramo; ni el Cielo ahoga la luz de sus estrellas, quando nos las descubre despuestas solo con vn lucido desaliño.

Es la humildad aquella escala por donde bajan los Atletas de la santidad, à buscar su propio conocimiento en la tierra, sabiendo, que con mas verdad, que Anthèo tenian la victoria segura, quando para pelear contra los enemigos del Alma, no salen de la trinchera, que les forma su nativo polvo: y en todos los grados de que se compone esta escala, nos dexò estampadas sus huellas el P. Molina: de suerte, que à cada passo se dexa ver vn bestigio bien impreso de su abatido espiritu. No parece, que sus pensamientos tenian mas objeto, ni mas esphera, que el ìnfimo conocimiento de su nada, segun, que todos ellos ibam como lineas à terminarse à este cen-

centro. Assi se echaba de vèr en su amable conversacion, la que comenzando muchas vezes por materias, no muy concernientes â la propria humillacion, sin embargo por lo comun solian acabar en este punto. Baste para prueba de esto, vno de los muchos razgos, que tirò su pluma en una Carta respuesta â cierto Hermano Novicio, que mal hallado con la sequedad, que padecia en sus exercicios espirituales, ofreciò margen abierto al P. Visitador, para que le respondiera de esta suerte: „Quisiera mi Hermano, que no le faltasse la leche de „los consuelos, y devocion sensible; pero el Señor „dispone lo mas provechoso â mi Hermano. Si siempre durara la leche, quando se acabarian las niñerias? Quando la virtud iria cobrando vigòr, y „robustès? Quando profundariamos en el conocimiento de nuestra propria miseria? Es la sequedad una tribulacion, que nos haze vèr (aunque no „queramos) nuestra flaqueza, nuestra instabilidad, „y finalmente nos haze levantar los ojos, y el corazon â los montes dela Divina Misericordia, de dõde nos hade venir el consuelo, la fortaleza, el verdadero fervor, y todo nuestro bien. Y aunque no „huviera otro provecho en la sequedad de espiritu, „que este mas claro conocimiento de nosotros mismos, debiera esto solo contrapesar â todos los bienes, „que nos trae la consolacion. Tan en la memoria

te-

tenia el P. Joseph el abysmo profundo de nuestra baxeza, que esta era la primera rezeta, que aplicaba â qualquier enfermedad propria, ô agena. De esta fuente del conocimiento proprio, nacian aquellos arroyos de humildad, que corrian siempre azia lo bajo de su mas profundo desprecio. De este manantial brollaban aquellos inquietos temores de su salvacion, que lo afligian; aquellas preguntas sobresaltadas, de si se condenaria? Aquellos sustos, conque se acordaba dela cuenta, que Dios le havia de tomar de sus muchos beneficios; y muy especialmente del que le hizo tenidole tantos años â la vista del V. P. Padial, de que tampoco se avia aprovechado, no encendiendose (como S.R. decia) en llamas de Charidad, con tener tan immediato aquel vesubio de amor divino

Dela misma vena salia el ningun concepto, que formaba de sus escogidos talentos. Pidiole vna vez un Hermano al P. Joseph durãte la embarcacion, que lo llevasse en su compañia â explicar la Doctrina Christiana â los Grumetes, y rezar con ellos el Rosario, como S.R. lo hazia. Mas â esta peticion lo que proveyò S.R. fue decir: „No, Hermano mio, que esos exercici„es solo son para mi, que soi inutil, y no sirvo pa„ra otra cosa, que requiera un adarme mas de ta„lento. De suerte, que quando los Superiores tenian

al

al P. Visitador por muy nacido, para que con el hilo de su explicacion, desenxiedarse desde la cathedra los mas ciegos labexynthos dela Theologia, el P. Visitador juzgaba, que solo podia servir para explicar à un auditorio, de rudos los primeros terminos dela Doctrina Christiana. De esta manera se disminuia su talento en la balanza de su juyzio siempre inclinada à su abatimiento, y desprecio. Sucedio en varias ocasiones, que en presencia del P. Ioseph controvirtieven dos Hermanos Estudiantes, sobre algun punto yà escholastico, yà moral. Y quando la contingencia dela disputa pudiera tomar con facilidad la llave, para que su erudicion, y su estudio desaguasen las bellas noticias, que tenian repressadas en semejantes materias; estaba el P. Molina tan lexos delograr esta ocasion de sacar sus letras à plaza, que antes por el contrario emmudecia, como si fuese totalmente forastero en aquella facultad. Y si acaso los dos Antagonistas acudian à su Tribunal, para que sentenciase su pleyto; franqueandoles en su respuesta la solucion de su duda, entonces usaba un estilo muy propio de su encogimiento. Este era ocultar su propio parecer, y decir solo lo que otros decian reduciendo à estos terminos su respuesta: "El P. Suarez, ò el P. Sanchez dicen esto, o aquello sobre el punto. Y dandoles registrado el Author (si estaba à mano)

vol-

volvia luego sin añadir cosa de suyo à su humil-de silencio; manifestando con este modo encogido, de responder mas alta sabiduria, que la que quiso mostrar el engreimiento de Eliù, respondiendo à la controversia de Iob: Plenus sum sermonibus: aperiam labia mea, et respondebo, et extendam scientiam meam.

También era su humildad, la que le hazia confesar con mas gusto à la gente pobre, y despreciada, que à la noble, y poderosa; sucediendo muchas vezes (como yà dixímos) que saliese à los Españoles de sus pies, porque llegasen primero à confessarse los Indios. Mientras estuvo en el Puerto de Santa Maria debió al Illustrísimo Señor Obispo electo de Yucatàn Don Francisco Matos Coronado, el repetido favor de que muchas tardes enteras viniese aquel Gran Prelado à su aposento, con el fin de consultar al P. Joseph sobre los graves negocios, à que yà entonces llamaba sus atenciones la Mitra. Y es prueba la mas eficaz, y solida del aprecio, con que miró aquel sabio Príncipe los dictamenes del P. Visitador, antes solicitado su Illustrísima quando se hallaba yà en su Diocesi, que le señalasen à ella al P. Joseph; esperando sin duda, que su madurez, direccion, y consejo podrian contribuir no poco al acierto de su cayado.

Sa-

Supo el P. Visitador las insinuaciones conque el Señor Obispo avia manifestado estos deseos al P. Provincial, que entonces era; y luego embrazò el escudo de su humildad, para rebatir tan grande honor, vngue se embarazasse en su destreza el dialecto de su encogimiento, con el de la gratitud: porque dexando primero, que la gratitud agotasse sus mas ingenuas expresiones, para estimar à su Illustrissima el excessivo favor, de querer honrarlo con la immediacion de su lado; entrò despues su encogimiento humilde alegando tales razones, que huvo de prevalecer, impidiendo su embarcacion, para Merida; à donde lo pudiera llevar viento en popa, la suave brisa del cariño, del favor, y confianza, que debia à S. Ill.ma a quien este desprego del P. Visitador estuvo tan lexos de dar algun motivo de queja, que antes se lo diò para nueva estimacion, conociendo, que no tenian otra causa las resistencias del P. Molina, sino ver, que no le avia de sentar bien aquel temperamento, donde yà lo estaban esperando sus estimaciones, y aplausos.

A estos miraba con desabrimiento, y con seño reservando toda su complacencia, y agrado, para sus desprecios, y apodos, los que quisiera oir de boca agena con tanta fre-

gu-

quencia, como los oía dela suya; pues parece no malograba ocasión de envilezerse con aquellas expresiones, que el amor á su vilipendio le sacaba del corazon á la lengua. Entre otras, que usaba mucho como era llamarse estorbo insoportable para la Religion miembro inutil para sus ministerios, Siervo indigno no solo de servir, mas aun de estar á los piés de sus hermanos, y otras del mismo quilate, le era muy familiar aquel apodo conque se zahería zaba, diciendo de sí, que era solo un pobre trompeta. Y es verdad; pero en sentido muy diferente del que S.R. tenía formado de sí, que era el P. Visitador pobre trompeta: porque era trompeta del Cielo, á quien como Isaias avia Dios encomendado, que con su predicacion tocase al arma contra las esquadras del abysmo, haziendo á los hombres seña de romper con todo, por conseguir la mas gloriosa victoria del mundo, del demonio, y de la carne; formidables enemigos, cuya triplealianza solo sabe ceder, quando el clarin de la penitencia les toca á retirar: Quasi tuba exalta vocem tuam, et annuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum. En este sentido verdaderamente fue el P. Visitador trompeta, y no sin el epiteto de Pobre, que siempre viene engastado en el trabajo em-

empleo de Predicador Apostolico; pues nadie ignora, que este título tiene todos sus acreditos librados en el blanco dela pobreza.

Fue muy rigida la que professò el P. Joseph, dexando no solo con el efecto, sino tambien con el afecto, y aficion todas las cosas de la tierra, por estàr assi mas desembarazado para correr en seguimiento de la fragrancia, congue convida à su imitacion al desnudo Jesus. Buen testigo de este deshazimiento, y despego se nos ponia delante de los ojos en su vestido, en su aposento, y en todas las alhajas de su uso. Cuidaba en el vestido de la limpieza, y aseo, que prescribe nuestra Regla; pero sin duda era mayor el cuidado, que ponia no solo en sufrir, sino en solicitar, que cupiesse à S.R. el peor de casa, creyendo, que el traje mas medido al desmedrado talle de sus cortos merecimientos, era sin duda el mas tosco, grosero, y remendado. Nunca quiso, aunque pudo, tener de su mano otra sotana, camisa, ni ropa alguna, congue remudar la que traia ordinariamente al trabajo, por no ofender con esta, que pudiera passar por inculpable economia, y por cautelosa providencia, la que tienen nuestros Superiores de sus Subditos, y la que tiene Dios de sus pobres. Pero què mucho fuesse el P. Joseph tan mirado en escusar lo que podia te-

tener visos de superfluo, si con la misma delicadeza escusaba tambien, lo que â vista de la censura mas severa podia passar por precisso. Quando llegado de España, huvo de subir dela Vera-Cruz â Mexico, hizo (como los demàs sujetos dela Missiò) â cavallo su viaje; pero sin querer tomar contra las incommodidades de camino tan dilatado el no menos facil, que ligero resguardo de unas botas, las que acaso tuvo por de màs su pobreza, imitadora dela que practicò el Eximio Doctor, y V. P. Fransisco Suarez, cuya Historia se ilustra con un exemplo tan parecido, que puede ser el original de esta copia. Este deseo de cerzenar alhajas, que juzgaba poco precissas, le moviò tambien â no usar jamàs de virrete, por mas, que las circunstancias de estàr sudando no solo cohonestaran, sino que pidieran tambien aquel abrigo. Y si entonces alguno de los que se hallaban presentes le persuadia, que con un virrete se abrigasse, porque el ayre no le introduxera una constipacion por tantas puertas, como tenia francas en sus poros, se desembarazaba facilmente de esta charitativa fuerza, diciendo no sin grassejo â quien se la hazia: Padre mio, cabeza loca no quiere toca.

Assi dexaba gustosa no menos â su pobreza, que â su mortificacion, virtud con quien tenia hecho trato de compañia; pues yà se sabe, que en sentir los efectos dela pobreza queda siempre la

mor-

mortificacion interessada. Mucho fue lo que se dió el P. Visitador à esta virtud, ya reprimiendo las torzidas inclinaciones del Alma, ya refrenando los desrocados apetitos del cuerpo, con aquellas ziendas dezadas del abstine, et sustine, que tenía siempre en la mano, para negar à sus sentidos, y potencias el objeto deleytable, que pedían; y obligarlos à que se echassen à pechos el caliz desabrido, que reusaban. Por esso à la mortificacion grande, que traèn consigo los ministerios de enseñar, confessar, y predicar, en que gasto su vida el P. Joseph, añadió S.R. otras muchas. De algunas tenemos authorizada noticia en los apuntamientos citados, que nos dexò su pluma, pues ellos nos avisan del proposito, que tenía hecho de ayunar, de hazer disciplina, y ponerse dos cilicios en todas las visperas de las festividades de la Santissima Trinidad, de nuestro Señor Jesu Christo, de su Santissima Madre, de Sr. San Joseph, del Angel Custodio, y otros diferentes Santos de su especial devocion. Ellos nos avisan la obligacion, que se avia impuesto de dormir cada semana algunos dias sin sabanas: de no comer la fruta, que le pusiessen mas de su gusto: de ser indefectible los Viernes, y los Sabados en executar alguna de aquellas mortificaciones acostumbradas en nuestros Refectorios, pequeñas en sì, pero grandes à los ojos de la co-

comun edificación. Ellos nos avían la practica, que uaba al acostarse, y era no moverse en la cama de un lado, hasta que tomaba el sueño; lo que sí muchas vezes se executa sin fatiga otras muchas no se puede executar sin sufrir una grauíssima molestia, por ventura no menor, que la que ocasionan al cuerpo aquellas armas, que se forman de proposito para mortificarlo. De estas eran muchas las que tenía el P. Visitador. Tales eran (como testifica quien las vió) una Cruz de puas penetrantes, que todos los días apretaba al pecho por espacio de algunas horas. Varias disciplinas de cañamo, y unas de yerro con puntas, y botones de la misma materia, que en lo sanguiento de todas estaban publicando bastantemente su uso. Diferentes silicios de brazos, de muslos, y de cintura, cuyo frequente manejo se echaba de ver con claridad por lo que el P. que le acompañó hasta la muerte escribe en una suya donde dice de esta manera: "En la aspereza de sus penitencias fue el "P. Molina tan constante, que ni el continuo "caminar, ni las indisposiciones de las casi "diarias calenturas le impidieron el exercí- "cio de ellas. Yo despues de varias persuasio- "nes, y cargos, que le hize solo pude conseguir, que "muerte días antes, que muriese se quitara un muy as-

„aspero cilicio, que en treinta años raras vezes
„(obligado de los Superiores) se avia desnudado.
„Y como tal vez en estos dias (prosigue dicho Pa-
„dre) padeciesse muy agudos dolores originados
„de su continua mortificacion, y Yo quisiesse apli-
„carle los remedios, que estaban recetados me
„solia decir: V.R. tiene la culpa, porque Yo soi lle-
„vado por mal: dexeme vsar de mis emplastros,
„y verà como se quitan mis dolores. Hasta aqui
la pieza de la referida Carta, donde se vè el tezon,
que puso en mortificarse con un perpetuo cilicio
el P. Molina, y los chistes conque abogaba â favor
de su penitencia, quando estaba yà para mo-
rir, no queriendo dexar, ni aun en aquella
hora el duro peto, que hasta entonces avia trai-
do, desde que se lo cinò al sentar plaza de Sol-
dado en nuestra minima Compañia.

Y si el tiempo, que viviò en ella se diò
tanto el P. Joseph al exercicio desabrido de una
mortificacion sangrienta, no fue menos lo que se
entregò al ocio dulce de una meditacion profun-
da; como quien tenia entendido, que oracion, y
mortificacion son dos alas, que debe batir igual-
mente, quien desea volar â la cumbre de una
perfeccion elevada. Por eso al compaz, que la
una se movia acompañaba la otra: y assi aviendo
dicho, que su mortificacion fue perpetua en eso
mismo dexo insinuado, que su oracion fue continua.

Es-

Esta oracion era la llave de oro conque al abrir, y cerrar las puertas de sus sentidos, abria tambien, y cerraba las puertas de sus religiosas tareas. Luego, que por la mañana se vestia al oir la primera voz de la campana, se iba à visitar al Santissimo Sacramento: en cuya adorable presencia, no solo gastaba la hora, que tienen destinada à la meditacion nuestras leyes, sino tambien otros ratos, que à veces desa desembarazados la distribucion religiosa. Con esta primera hora de oracion se preparaba para continuar meditando en la Misa, que jamas dexò de decir mientras se lo permitiò la salud. Solo en el Nacio se le passaron sin celebrar algunos dias: porque no ariendo allì oportunidad de que celebrassen todos los Sacerdotes, fue preciso, que al P. Molina tocasse alguna vez la suerte de no poderse llegar à ofrecer el incruento Sacrificio. Aunque no por esso dexaba de sentarse todos los dias à la Mesa de los Angeles; pues para acallar las ansias hermas de su devocion, comulgaba en otra Missa, quando no la podia decir S.R. De esta suerte alimentado todos los dias con el Pan, que nos amasso la Sabiduria encarnada, le era forzoso dar tambien todos los dias por tan inefable beneficio, à su Bienhechor las debidas gracias, como lo hazia por espacio de media hora, regalandose con el Divino Huesped, que tenia en

sus

su entrañas; y manteniendose despues interiormente en su presencia no solo quando hablaba con su Magestad al rezar las horas Canonicas, el Rosario, y otras varias oraciones, sino tambien quando por amor de su Magestad confessaba predicaba, ò atendia à qualquier otro ministerio; como que todos los emprendia por su mayor obsequio, y los ordenaba à su mayor gloria.

Con esta presencia de Dios, que todo el dia conservaba (segun se puede colegir de su exterior compostura, y de su abstraccion silenciosa) bien podemos asseguzar, que quasi gastaba en oracion todo el dia sin que esto fuesse impedimento, para que en el mismo empleo gastasse tambien no pequeña parte de la noche. Los meses, que se mantuvo en el Puerto de S.ta Maria observaron algunos de sus novicios, que luego que se tocaba à acostar, iba el P. Joseph à visitar al Santissimo Sacramento: y se detenia tanto en esta visita, que venciendo el sueño à la curiosidad de los que la observaban, no les fue facil saber, hasta que horas se dilataban aquellos tiernos colloquios. Lo cierto es, que duravan mucho; y si quisiesemos pensar, que el P. Joseph se estaba muchas veces entretenido dulcemente con su Dios, hasta la media noche, tendria nuestro pensamiento un apoyo no vulgar en este caso. La primera noche, que estuvo en el Castillo de San Juan de Ulua la Mision en que vino el P. Visitador, se recogio S.R. à dormir con todos sus novicios à una sala donde à pesar de la dureza del colchon (que se componia solo de una es-

estèra, delas que por acà se conocen con el nõbre de petates) tuvo poco, que hazer el sueño, para dominar aquella juventud rendida del susto, dela congoxa, y del prezedẽte cansancio. Pero este no pudo evitar, que despertasse un Novicio à media noche, y como se levantasse à no se, que diligencia, vio, que el P. Joseph estaba sin acostarse, retirado en un rincon no con obscuros indicios, de que negaba à su cansado cuerpo el reposo, por dexar, que reposase su espiritu en el trato con su Dios.

Y si una noche como aquella en que forzosamente estaria el P. Joseph sobre manera cansado, no solo con las incommodidades, de navegacion tan prolixa, ni solo con la inquietud, con la lucha, y sobresalto, que padecerian aquella tarde los humores afrontados con el imminente peligro, en que se vieron de un lastimoso naufragio; sino tambien con el laborioso exercicio del Sermon, ò Platica, que (como ya hizimos mencion acababa de predicar. Si en una noche, digo, en que toda esta fatiga, y trabajo à manera de un opio el mas activo, convidaba las potencias, a que se entregassen al sueño, se esturo el P. Joseph tan de espacio conversando con nuestro Señor; bien se dexa intender, que con el mismo, y aun mayor espacio trataria à solas con su Magestad, las otras noches en que no tenia tantos, ni tan poderosos estorbos, que vencer para dexar sus ojos en centinela, y su corazon velando à las puertas del Tabernaculo, en que moraba su escondido Dueño. Y aunque de estas se apartaba

ba

ba yà bien tarde, sin embargo aun no se permitia al sosiego dela cama, sin aver en ella hecho antes (como se lee en los apuntamientos citados) el exercicio pitadoso de prepararse para morir, segun el methodo conque lo pone en sus Exercicios el P. Daniel Pauloski. Con la practica meditacion de este Novissimo, cerraba el P. Molina todas las noches aquella su prolongada oracion, con cuyos continuos soplos se levantaba en su pecho la llama de charidad encendida, conque solicitò incessantemente la salvacion delas Almas.

Y à la verdad, que si el caracter, y distintivo mas proprio delos varones Apostolicos, es el tener una sed insaciable, y un deseo ardiente dela salvacion delas Almas, como quiere San Juan Chrysostomo: Sitis salutis animarum est caracter viri apostolici: no sè como como se le podra negar el titulo de varon verdaderamente Apostolico al P. Visitador Molina, viendo en S. R. la marca de este deseo, y charidad ardiente. Porque esta charidad era la que lo tenia clavado muchas horas en el confessionario con tanto trabajo, como saben por experiencia los que deveras se dan à este penoso exercicio. Esta charidad era, la que arrancandolo dela quietud de su aposento, lo llevaba muchas vezes de cabaña en cabaña, y de Pueblo en Pueblo, para instruir à los rusticos en las verdades eternas, que confiessa nuestra Religion Sagrada. Y en una palabra: esta charidad fue la que le hizo pretender con tanto tezon, y ahinco licencia para passar à las Indias, deseoso de emplear todos sus alientos en el cultivo de sus Naturales necessitados mas, que otros algunos de espiritual socorro. Ni podia menos, que acompañarse el rubì de esta charidad encendida para con las Almas, con el oro subido de una misericordia compassiva para con los cuerpos. Efecto de esta misericordia entrañable fueronlos

me

medios, que puso, y diligencias, que practicò para buscar algun remedio à sus necessidades. Luego, que se le entraban estas por los ojos, le herian el corazon de manera, que no topaba descanso, sino en buscarlo para el menesterozo. Là insinuamos el cuydado congue assistiò en el Navio à los enfermos, constituyendose no solo su enfermero, sino agente de sus causas desampazadas, y procedor de sus extremas misserias, hasta llegar à comprarles un pequeño alivio con el caro precio del sonazoso, que cubria su semblante, quando les pedia à los Gefes con rendidas suplicas el abrigo, la medicina o el sustento, de aquellos pobres. Ni fue menor el esmero congue los atendiò en herma, ya solicitandoles de la piedad agena repetidas limosnas, yà dandoles las que podia sacar de su siempre exhausto peculio, privandose de buena gana aun de las alhajuelas, que permite la pobreza de un Religioso, por ayudar à socorrer la de un mendigo. Pero, que mucho, que el P. Iosepth socorriese à sus pobres con esta, y semejantes caridades, si yà dexamos dicho, que les llegò à dar como de limosna, hasta su misma vida; quando se ofreciò à morir SS. porque no muriesen los pobrezillos Indios de su Mission à manos de la peste, que se les iba acercando por la puerta.

Y baste arer dicho esto à cerca de algunas virtudes del P. Visitador escusando dar pinzelada en otras muchas, que por no salir de los marzenes de una Carta, serà forzoso se queden à la sombra del silencio, donde tambien quedarà oculta la mayor parte de sus devociones. La que tuvo con nuestro Dios Sacramentado, facilmente se bruxulea de lo que queda referido; pues à no padecer una hambre inextinguible de este sobezano sustento, no solicitara con tan vivas ancias alimentarse de este Pan Divino; y sino tuviera llegado profundamen-

mente el pecho con la saèta de su amor, no le repitiera las
visitas tan à menudo, que como nuevo Samuèl, parece, que-
xrà colocar su habitacion en el Templo. La devocion gran-
de, que tuvo à la Soberana Reyna de los Cielos, se trasluciò
bien por los frequentes obsequios, que le tributaba, yà prepara-
dose para celebrar sus mas plausibles festividades con
devotas Novenas, con rigidos ayunos con asperos cilicios;
ya rezandole todos los dias arrodillado el Rosario, los cin-
co Psalmos, que comienzan con las cinco letras sagradas, de
su augusto Nombre, el pulsimo Oficio, que le compuso el Se-
raphin humano S. Buenaventura; yà recurriendo muy
à menudo à su trono, para sacar de allì consuelo en sus
aflicciones, resolucion en sus dudas, acierto en sus empresas,
victorias en sus batallas, en sus necesidades socorro; yà
procurando estampar por medio de sus conversaciones
familiares, y de sus sermones publicos un entrañable amor
à la Gran Madre, en los corazones humanos. Neste fin
ponderaba los copiosos frutos, que se cosen de su devocion,
afianzando su dicho con razones, authoridades, y exem-
plos. En quantas partes estuvo, fue uno de sus principa-
les empeños adelantar los cultos de Maria: yà dixi mos
lo que en este particular hizo en el Navio, en que so-
lo estuvo de passo; no fue menos lo que hizo en la Mision
en donde vivio de assiento. Allì como en casa propria intro-
duxo su mas propria, y especial devocion à nuestra Seño
ra, como clamando à conocer, y à amar baxo el titulo de la
Angustias. Para esto colocò en el Altar una bellissima
Imagen de esta Reyna advocacion; y todas las tardes des-
pues de concluido (segun la practica de nuestros Mision-
nes) el sermon dela Doctrina, se ponia el P. Joseph delante de a-
quel propiciatorio: y quando S.R. el choro, le seguian sus
Indios, y todos juntos entonaban à la Angustiada Madre de
Jesus, un cantico de alabanzas; cuyos ecos passaron

de

de la Misión de los Dolores à las Misiones comarcanas donde à imitación del P. Molina se le dà yà también esta agradable musica à la Emperatriz de los Cielos.

De su tiernissima devoción al Apostol de las Indias San Francisco Xavier, se pudiera decir no poco: porque S. Xavier era el sublime dechado, que tenia siempre à la vista para procurarlo imitar con sus acciones. Con deseo de tan sumptas en sí las virtudes heroycas de tan portentoso Original, instò tanto por emplearse en el cultivo de las Indias. Con el mismo deseo rezaba todos los dias la Oración, que compuso el Santo Apostol, para pedir à Dios la conversión de los Gentiles. Con este deseo no perdonaba ocasiõ alguna de solicitar la salvación delas Almas, ofreciendo para esto muchas oraciones, y penitencias à nuestro Señor, por mano de su Santo. Entre estos obsequios era uno la Novena del mismo Santo, que todos los años hazia, y procuraba, que también hiziessen otros; como lo procurò en la embaxada, donde no fue poco lo que tuvo, que sufrir, ni pocas las dificultades, que tuvo, que vencer, para lograr (como por ultimo logrò) que publicamente pagasen todos à su Santo, aquel tributo, con incxcible gozo de SR. por ver à su Santo venerado, y à Dios servido con las muchas confessiones, y comuniones, que movidos delas Platicas de la Novena hizieron los navegantes. Las Cartas de aquel nuevo Thaumaturgo, eran Cartas muy familiares para el P. Joseph: leia en ellas con gran frequencia, y siempre topaba en sus clausulas un maña muy de su gusto. Quando se hallaba en algun ahogo, perplexidad, ò desconsuelo, acudia luego como à un oraculo à su libro: y leyendo donde le abria no el cuydado, sino la contingencia, experimentò, que por lo comun le hablaba el Santo muy al corazon, y al intento delo que avia menester. Finalmente San Xavier era el Patron de todos

sus

sus ministerios con los proximos, y con mas especialidad de las Misiones, que hizo. De estas Misiones circulares solia decir el P. Joseph, que eran las obras en que solo confiaba, y esperaba, que por ellas solas Dios auia de tener piedad de S.R. Mas aunque el humilde espiritu del P. Visitador, esperaba conseguir la posesion eterna del Paraysso no mas, que por el apostolico trabajo de sus Misiones circulares; sin embargo Yo espero, que S.R. no solo por su Evangelicas Misiones, sino tambien por otras tantas otras religiosas virtudes, como practico en su vida, esta ya en el Cielo gozando de la Bienaventuranza, con que premia a los Justos. Y mas si se observa, que el dia, que clausulo su religiosa vida, fue Viernes; reclamo bueno de la tragedia del Calvario, y por eso especialmente venerado del P. Visitador, con el recuerdo de las Angustias de su Patrona, y Madre Maria Santisima, que eran el iman de su pliar compassivo afecto. Circunstancia, en que podemos reconocer, que fue particular providencia del Señor, llamar a la participacion de sus celestiales delicias en dia tan mysterioso a quien siempre lo avia notado en los fastos de su devocion con piedra purpurea, para acompañar en su aflicion a la doliente Madre, y sentir en el corazon, quanto angustiaba al virginal espiritu. Fue, pues, su dichoso fallecimiento Viernes 21 de Abril del año, que passo de 1784 contando el P. quarenta, y siete menos tres meses de edad: treinta de Religion: y poco mas de treze de solemne Profession. Sepultose el dia siguiente su cuerpo en la Mision de Sto. Thomas, que logro depositar en nuestro al que renazio, y no pudo gozar en vida sino de passo para la eternidad.

Y aunque siempre seria lamentable para esta Provincia, la falta de un Hijo tan benemerito; le aumento sobre manera su dolor, el infortunio de aver logrado por menos tiempo del que esperaba sus amables

pren-

prendas. Pexo si nos dexò señalado el camino con sus no vulgares virtudes, esforzemonos en el Señor, à seguir sus pisadas, con la esperanza de que à la imitación de los exemplos, corresponderà en el fin aquella corona, que solo se dà al que, como el P. Visitador Joseph Xavier de Molina, legitimamente pelea; hasta rendir el espiritu en la demanda: O! sea assi, que todos los que profesamos el mesmo instituto, llevando adelante las empressas dela Divina Gloria, testifiquemos con el zelo apostolico, charidad ardiente, y observancia religiosa, que nos enseñan los exemplares heroycos, que se nos ponen à la vista de nuestros Hermanos; que somos Hijos verdaderos de la Compañia de Jesus. No tengo en este particular que estimular à V.V. R.R. pues solo Yo entre todos necesito de mucha exhortación: pues debiendo por mi oficio ser el primero en las sagradas expediciones de nuestra vocación, embarazado con mi hbiera, no consigo ser ni delos ultimos. Propongo à V.V. PP.R. mi flaqueza, para que compadecidos me tengan presente con Dios nuestro Señor en sus Santos Sacrificios. Mexico, y Mayo 28. de 1702.

Siervo de V.V. R.R. en Christo.

Matheo Ansaldo.